

Acabas de ofrecer a la voracidad de la Medusa algún hijo de tu alma, pero los tiempos siempre han de ser los mismos: aquellos que apedrearon al Dante, hoy te apedrean a ti y la inmunda criticalla, como la turba inculta, alardeando de erudita y sin conocer tal vez aquello que con razón dijera Maldonado: «... Así yo recuerdo que una vez, leyendo las páginas inmortales de un pensador, me detuve de pronto ante su retrato, retrocedí con el pensamiento hasta el siglo en que vivió el escritor—trescientos años para atrás—y un sinnúmero de ideas que nunca habían estremecido a mi espíritu, sobre la muerte, sobre la historia, sobre la inmortalidad, relampaguearon de pronto en mi mente, maravillándome yo de pensar en esa forma; y, aunque lleno de fuego, quise trasladar al papel lo que había pensado y sentido, noté que de mis pensamientos sólo quedaba una pobre idea, una mísera idea, fría, apagada, que se moría en el montón de palabras impotentes que acudían a la pluma; y lloré la pérdida de mi pensamiento como si mi espíritu hubiera perdido un tesoro... La palabra es impotente. ¡Deebmos lamentarnos de ello? Quizás no. Quizá sea necesario que haya también para nuestros pensamientos un rinconcito misterioso donde ellos se alberguen, sin salir a la luz, sin materializarse en las páginas del libro. Quizás lo mejor del espíritu de los escritores geniales se haya quedado en él libre de la curiosidad de los lectores. Lo más excelso de ellos se habrá perdido con ellos... Libros más grandes, más sublimes que todos los que ellos escribieron, fueron, tal vez, los que dejaron en su espíritu por no haber encontrado palabras que los sacaran de allí...»; te fustiga también ya por creados intereses, ya por vergonzosas claudicaciones de mediocres.

¡Hermano! Triste es el Sermón del Escéptico, palabras de desaliento, de renunciación, de fracaso quizá.

Tu dolor lo he sentido; he vivido tus sueños; tus fiebres también abrasaron mi carne; en la mística hora crepuscular